

Juan:

Sentada bajo la luz de la luna, que de repente no posee el mismo resplandor que antes, sola y vacía me siento. No tengo qué cuidar, no tengo qué defender, mi alma se ha ido, mi sangre se convierte en veneno, y empiezo a perder aquellas emociones y sentimientos hacia cualquier persona; ya nada me importa, todo aquello que nunca vino, se fue.

No te odio; maldito egoísta, pero me señalas de deshonrada, me pones a tus hermanas para que me despojen de mi libertad y privacidad y me pregunto a veces, si alguna vez me conociste, o si te ha interesado hacerlo. Quiero que mi sangre fluya en el cuerpo de mi hijo, que sea mi espejo, tenerlo dentro de mí. Pero tú... Tú no lo entiendes, ni siquiera lo piensas, y simplemente deseas vivir en una comodidad eterna hasta después de morir.

Crees que no tengo boca para hablar, ojos para llorar, soy una muñeca de trapo a la que puedes manejar como te plazca y aún así esperas que me mantenga a tu lado.

¿Acaso piensas que yo soy como las demás mujeres de esta sociedad? Pues no, Juan, no lo soy, no acepté pasar el resto de mis días junto a ti por amor, pero eso no me importó al momento de decir "sí, acepto".

Aquella noche, en la que "me hiciste tuya", o al menos eso creías, no significó nada, simplemente te di una pequeña parte mía, pero jamás he sido tuya.

¿Quieres saber el porqué? Esa era la única forma de tener a alguien en cuyos ojos yo pudiera verme a mí misma sin arrepentirme de algo.

Quizás estaba un poco consciente de lo que podía pasar, de tu insensibilidad, de tus rechazos, pero tu seguía la desconocía.

Sufriré, pero ahora soy yo la que decide no tener un hijo; soy sólo yo la que acepta vivir en la soledad, y he sido yo la que decide no estar más bajo tus reproches y ridículas normas que han hecho que hasta mi respirar se haga doloroso. Si piensas que viviré sumisa a ti, te equivocas, estar junto a ti, no es vivir.

Ya tomé mi decisión y todo acabará de la forma en la que debe.

Soy yo quien matará a mi propio hijo.

Yerma